

dicando que el partido opuesto era decididamente contrarrevolucionario y que no se debía concederle paz ni tregua; que sin duda perecería la inocencia en la lucha; pero que era preciso que se sacrificase, dejando sucumbir á Maximiliano Robespierre, pues la pérdida de un solo hombre no llevaría consigo la de la libertad. Todos los jacobinos aplaudieron tan generosos sentimientos, asegurando al joven Robespierre que no sucedería tal cosa, ni moriría su hermano.

En la Asamblea se expusieron quejas muy distintas, denunciándose los gritos proferidos contra Roland, Lacombe, Guadet, etc. Roland se quejó de la inutilidad de sus demandas al departamento y á la municipalidad para obtener la fuerza armada. Discutióse mucho; cruzáronse las reconvenções, y pasó el día sin adoptar medida alguna. Al siguiente, 5 de noviembre, presentóse por fin Robespierre en la tribuna.

La concurrencia era muy numerosa, y esperábase con impaciencia el resultado de aquella solemne discusión. El discurso de Robespierre, sumamente largo, había sido preparado detenidamente, y sus respuestas á las acusaciones de Louvet fueron las que se hacen siempre en semejante caso. «Me acusáis, dijo, de aspirar á la tiranía; mas para esto se necesitan medios; y ¿dónde están mis tesoros y mis ejércitos? Pretendéis que he levantado entre los jacobinos el edificio de mi poder; pero ¿qué prueba esto? Será que se me ha escuchado más ó que me he dirigido mejor á la razón de aquella sociedad, y que sólo queréis vengar aquí vuestro amor propio resentido. Pretendéis que esta célebre sociedad ha degenerado; pero pedid un decreto de acusación contra ella, y entonces yo me encargaré de justificarla, y veremos si sois más felices ó más persuasivos que Leopoldo y Lafayette. Decís que no me he presentado en el Ayuntamiento hasta dos días después del 10 de agosto, y que entonces me instalé por mi propia autoridad en una mesa. Empezaré por contestaros que no se me llamó antes, y que al presentarme no lo hice para ocupar un sitio, sino para que se reconocieran mis poderes. Añadís que insulté á la Asamblea Legislativa, amenazándola con tocar á rebato: el hecho es falso. Alguno que estaba á mi lado me acusó de haberlo hecho así; yo le contesté que los que tocaban á rebato eran aquellos que por su injusticia agriaban los ánimos; y entonces uno de mis colegas, menos reservado, dijo que se tocaría. He aquí el hecho único en que mi acusador ha fundado su fábula. En la asamblea electoral tomé la palabra, porque ya se había convenido en ello; hice algunas observaciones, y varios usaron el mismo derecho; yo no he acusado ni recomendado á nadie. Marat, ese hombre de cuyos servicios decís que me aprovecho, haciéndome por ello un cargo, no fué jamás mi amigo ni mi protegido; si yo juzgase de él por los que le atacan, quedaría absuelto desde luego; pero yo no sentencio; sólo diré que fué siempre para mí una persona extraña; que una vez vino á mi casa, donde le hice varias observaciones sobre sus escritos, su exageración y el sentimiento que experimentaban los patriotas al verle comprometer nuestra causa con la violencia de sus opiniones. Sin embargo, Marat me consideró como un político de cortos alcances, y así lo publicó al día siguiente. Es, por lo tanto, una calumnia suponerme instigador y aliado de ese hombre.»

Pasando de estas acusaciones personales á las gene-

rales dirigidas contra el Ayuntamiento, Robespierre repite, con todos sus defensores, que el 2 de septiembre ha sido la consecuencia del 10 de agosto; que después del golpe no se podía señalar el punto preciso donde debían estrellarse las oleadas de la insurrección popular; que indudablemente eran ilegales las ejecuciones, pero que sin medidas ilegales no se podía sacudir el despotismo; que se debía hacer el mismo cargo á toda la revolución, porque todo era ilegal, así la caída del trono como la toma de la Bastilla. Robespierre pinta después los peligros de París, la indignación de sus ciudadanos, su agrupamiento alrededor de las prisiones, su furor irresistible al pensar que iban á dejar detrás de sí á los conspiradores, quienes sacrificarían á sus familias. «Asegúrase que ha perecido un inocente, exclama el orador con énfasis, uno solo; pero aun esto es demasiado. ¡Ciudadanos, llorad conmigo esta equivocación fatal, como nosotros la hemos llorado largo tiempo, porque era un buen patriota, era uno de nuestros amigos! ¡Llorad también á las víctimas sobre las cuales debía recaer la venganza de las leyes, y que fueron heridas por la cuchilla de la justicia popular; pero tenga vuestro dolor un término, como todas las cosas humanas! Guardemos algunas lágrimas para otras calamidades más sensibles: ¡llorad á cien mil patriotas inmolados por la tiranía; llorad á nuestros ciudadanos expirantes bajo sus techos abrasados, y también á sus hijos sacrificados en la cuna ó en los brazos de sus madres bajo el puñal de los verdugos; llorad á la humanidad abatida bajo el yugo de los déspotas!. Pero consolaos si, imponiendo silencio á todas las viles pasiones, queréis asegurar la felicidad de vuestro país, preparando la del mundo.»

«La sensibilidad que gime casi exclusivamente por los enemigos de las libertades es sospechosa para mí. Dejad de agitar á mi vista la túnica sangrienta del tirano, ó crearé que deseáis encadenar nuevamente á Roma.»

Con una mezcla de astuta lógica y de declamación revolucionaria había conseguido Robespierre cautivar á su auditorio, obteniendo unánimes aplausos. Todo cuanto le era personal era justo, y los girondinos cometían una imprudencia al considerar como un proyecto de usurpación lo que sólo era un deseo de alcanzar influencia, deseo que llegaba á ser odioso por la envidia; era también imprudente tratar de ver en los actos del Ayuntamiento la prueba de una vasta conspiración, cuando sólo existían los efectos naturales del desenfreno de las pasiones populares.

Los girondinos proporcionaban así á la Asamblea la ocasión de desairarlos al frente de sus adversarios.

Lisonjeada, por decirlo así, al ver al supuesto jefe de los conspiradores reducido á justificarse; halagada al oír que se explicaban todos los crímenes por una insurrección imposible en adelante, y que se pensaba en un porvenir mejor, la Convención creyó más digno, más prudente, dejar á un lado todas estas personalidades y pasar á la orden del día; pero Louvet se levanta de pronto para combatir este acuerdo, y pide la palabra para contestar. Preséntanse muchos oradores, deseosos también de hablar en pro ó en contra de la orden del día; Barbaroux, desesperando de hacerse oír, lánzase á la barra para que se le escuche al menos como peticionario; y Lanjuinais propone que se entable la discusión

sobre las importantes cuestiones que encierra el informe de Roland. Barrère obtiene por último la palabra y exprésase en estos términos: «Ciudadanos, si existiera en la república un hombre nacido con el genio de César ó la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Sila poseyese sus peligrosos medios; si hubiera aquí algún legislador de gran genio, de ambición desmedida y pensamiento profundo; un general, por ejemplo, con la sien ornada de laureles, y se presentara este hombre entre vosotros para imponeros leyes ó atacar los derechos del pueblo, propondría contra él un decreto de acusación; pero no puedo concebir que tributéis semejante honor á hombres de un día, á cabecillas de motín, á aquellos cuyas coronas cívicas están mezcladas con ciprés.»

Este singular mediador propone que se motive la orden del día del modo siguiente: *Considerando que la Convención Nacional no debe ocuparse sino de los intereses de la república...* «No quiero vuestra orden del día, exclama Robespierre, si contiene un preámbulo injurioso para mí.» La Asamblea adopta pura y sencillamente la orden del día.

Corrieron los jacobinos á su reunión para celebrar esta victoria, y recibióse á Robespierre en triunfo. Apenas se presentó, colmáronle de aplausos; un socio pidió que se le dejara el uso de la palabra para que hiciera el relato del día; otro aseguró que su modestia se lo impediría y que no quería hablar. Robespierre gozaba en silencio al ver tal entusiasmo, y encargó á otro el relato adulador: llamáronle Aristides; ensalzóse su elocuencia sencilla y varonil con una afectación que probaba hasta qué punto era conocida su afición á los elogios literarios. La Convención quedó rehabilitada, devolviéndosela el aprecio de la sociedad; pretendióse que comenzaba el triunfo de la verdad, y que no debía desesperarse de la salvación de la república.

Barrère, interpelado para que se explicase sobre sus palabras respecto á los *cabecillas de motín*, se retractó completamente, declarando que con sus frases había querido designar, no á los ardientes patriotas acusados con Robespierre, sino á sus adversarios.

Así terminó aquella célebre acusación, que fué una verdadera imprudencia, y toda la conducta de los girondinos se caracteriza por este acto. Experimentaban una generosa indignación, y expresábanla con talento; pero mezclábanse bastantes sentimientos personales, bastantes falsas conjeturas y suposiciones quiméricas, para dar á los que se engañaban á sí mismos una razón para no creerlas, á los que tenían un acto enérgico un motivo para aplazarle, á los que afectaban imparcialidad un pretexto para no adoptar sus conclusiones; estas tres clases constituían toda la Llanura. Uno de sus individuos, sin embargo, el prudente Petión, no participaba de sus exageraciones, y mandó imprimir el discurso por él preparado, en el cual se apreciaban juiciosamente todas las cosas. Vergniaud, que por su fría razón y desdenosa indolencia se sobreponía á las pasiones, estaba exento también de los caprichos de sus colegas, y guardó un profundo silencio. La acusación de los girondinos no tuvo por el pronto más resultado que imposibilitar definitivamente toda reconciliación, y el haber gastado en una lucha inútil el más poderoso y el único de sus medios, la palabra y la indignación, aumentando

al mismo tiempo el odio y el furor de sus enemigos, sin obtener por eso un recurso más.

¡Desgraciados los vencidos cuando los vencedores se dividen! Estos últimos dejan á un lado sus propias contiendas, tratando sobre todo de sobrepujarse en celo para aniquilar á sus enemigos abatidos. En el Temple había prisioneros en los cuales iba á descargar toda la ira de las pasiones revolucionarias. La monarquía, la aristocracia, todo el pasado, en fin, contra el cual luchaba la revolución furiosamente, estaban como personificados en el infeliz Luis XVI; y la manera con que se trataría al príncipe caído debía ser para todos una prueba de lo mucho que se odiaba la contrarrevolución. La Legislativa, demasiado inmediata á la Constituyente, que declaraba al rey inviolable, no osó decidir sobre su suerte; limitóse á la suspensión y á encerrar al príncipe en el Temple; y sin abolir siquiera el trono, dejó á una Convención el cuidado de juzgar sobre el material y personal de la antigua monarquía. Suprimida ésta, decretada la república y confiado el trabajo de la Constitución á las meditaciones de los más distinguidos talentos de la Asamblea, faltaba sólo ocuparse de la suerte de Luis XVI. En el mes y medio que había transcurrido, el servicio de los abastecimientos, la vigilancia de los ejércitos, la cuestión de subsistencias, que faltaban entonces como en todos los tiempos de trastornos, la policía y todas las atenciones del gobierno, que no sin gran desconfianza se encargaron á un consejo ejecutivo después de la caída del príncipe, y por último, violentas contiendas impidieron al principio ocuparse de los prisioneros del Temple. Una vez se trató de ello, y según hemos visto ya, envióse la proposición al comité legislativo; pero entretanto se hablaba del asunto en todas partes. Pedíase diariamente en los jacobinos la causa de Luis XVI y se acusaba á los girondinos de alejarla, suscitando disputas en las que, sin embargo, tomaba cada cual tanta parte é interés como ellos. El 1.º de noviembre, en el intermedio que medió entre la acusación de Robespierre y su apología, habiéndose quejado una sección de nuevos pasquines en los cuales se excitaba á la muerte y al asesinato, reclamóse, como siempre se hacía, el juicio de Marat. Los girondinos aseguraban que él y algunos de sus colegas eran la causa de todo el desorden, y á cada nuevo hecho proponían que se les persiguiese. Sus enemigos, por el contrario, decían que la causa de los disturbios estaba en el Temple, que no se fundaría la nueva república ni reinaría la calma y la seguridad hasta que fuera inmolado el ex rey, pues con este terrible golpe se arrebataría toda esperanza á los conspiradores.

Juan de Bry, aquel diputado que en la Legislativa quiso que no se observara por regla de conducta sino la *ley de la salvación pública*, tomó la palabra sobre este punto, y propuso que se juzgara á la vez á Marat y á Luis XVI. «Marat, dijo, ha merecido el título de devorador de hombres y sería digno de ceñir la corona; es la causa de las perturbaciones de que Luis XVI es el pretexto; juzguémosles á los dos, y aseguremos el reposo público por este doble ejemplo.» La Convención dispuso en su consecuencia que se le presentara en la misma sesión el informe sobre las denuncias contra Marat; y que en el término de ocho días, lo más tarde, emitiera la comisión legislativa su parecer sobre

las formas que deberían observarse en el juicio de Luis XVI. Si pasado este tiempo no presentaba la comisión su trabajo, todo individuo tendría entonces derecho de ocupar la tribuna para tratar sobre esta gran cuestión.

Nuevas polémicas y atenciones impidieron que se instruyera el informe sobre Marat, que no fué presentado ni aun mucho tiempo después; pero la comisión legislativa preparó el suyo sobre la augusta y desgraciada familia encerrada en el Temple.

Europa tenía en aquel momento fija la vista en Francia. Contemplábase con asombro á aquellos súbditos, á quienes se creyó al principio débiles, y que victoriosos ahora y conquistadores, tenían suficiente audacia para lanzar un reto á todos los tronos. Observábase con inquietud lo que trataban de hacer, y aun se esperó que su atrevimiento tendría un límite. Sin embargo, se preparaban acontecimientos militares que iban á redoblar su embriaguez, aumentando la sorpresa y el espanto del mundo.

CAPÍTULO III

Continuación de las operaciones militares de Dumouriez. — Modificación en el ministerio. — Pache, ministro de la Guerra. — Victoria de Jemmapes. — Situación moral y política de Bélgica. — Conducta política de Dumouriez. — Toma de Gante, Mons, Bruselas, Namur y Amberes. — Conquista de Bélgica hasta el Mosa. — Cambio en la administración militar. — Desavenencia entre Dumouriez, la Convención y los ministros. — Nuestra situación en los Alpes y en los Pirineos.

Dumouriez había salido para Bélgica á fines de octubre, y el 25 se hallaba ya en Valenciennes. Había combinado su plan general según la idea que le dominaba, y que consistía en atacar de frente al enemigo para obligarle á retroceder, aprovechando la gran superioridad numérica que se tenía sobre él. Si Dumouriez hubiera marchado sobre el Mosa con la mayor parte de sus fuerzas, hubiera podido impedir la incorporación de Clerfayt que llegaba de la Champaña, cortar el paso al duque Alberto, y ejecutar así lo que debió hacer al principio corriéndose por el Rhin y siguiendo este río hasta Cleves. Pero su plan era otro; prefería á una hábil marcha, una ocasión brillante que redoblará el valor de sus soldados, muy levantado ya por el cañoneo de Valmy, y que desterrase la opinión de que los franceses, excelentes para los golpes de mano, eran incapaces de ganar una batalla campal, opinión establecida en Europa hacía ya cincuenta años. La superioridad del número le permitía una tentativa semejante, y esta idea tenía su profundidad, lo mismo que las maniobras cuya falta de ejecución le valió una censura. Sin embargo, no dejó de flanquear al enemigo, separándole de Clerfayt. Valence, situado al efecto á lo largo del Mosa, debía marchar desde Givet sobre Namur y Lieja con el ejército de las Ardenas, compuesto de diez y ocho mil hombres. D'Harville tenía orden de emprender un movimiento con doce mil entre el gran ejército y Valence, para rodear al enemigo más de cerca. Tales eran las disposiciones de Dumouriez por su derecha; por su izquierda, Labourdonnaie debía marchar desde Lila, recorrer la costa de Flandes, apoderarse de todas las plazas marítimas, y una vez en Amberes, costear la frontera holandesa avanzando hasta el Mosa en Ruremonde. De este modo quedaba Bélgica encerrada en un círculo cuyo centro ocupaba Dumouriez con un contingente de 40.000 hombres, pudiendo arrollar al enemigo en el primer punto en que tratara de hacer frente á los franceses.

Impaciente por entrar en campaña y lanzarse en el vasto campo que le abría su ardiente imaginación, Dumouriez procuraba apresurar la llegada de las provisiones prometidas en París, y que debieron estar el 25 en Valenciennes. Serván había hecho dimisión del cargo de ministro de la Guerra, prefiriendo al caos de la administración las funciones menos agitadas de un mando en el ejército, y restablecía su cabeza y su salud en el campamento de los Pirineos. Roland había pro-

puesto y hecho aceptar en lugar suyo á Pache, hombre sencillo, ilustrado y laborioso, que abandonando en otro tiempo la Francia para ir á establecerse en Suiza, volvió en la época de la revolución, renunció á la pensión que recibía del mariscal de Castries, y distinguióse en las oficinas del ministerio de la Gobernación por su talento y una aplicación notables. Provisio siempre de un pedazo de pan en el bolsillo, y sin salir del ministerio ni aun para comer, trabajaba durante días enteros, y había agradado á Roland por sus costumbres y su celo. Serván pidió que se le dejara durante su difícil administración de agosto y septiembre, y Roland no le cedió sin sentimiento, y sólo teniendo en cuenta la importancia de los trabajos de la dependencia de Guerra. Pache prestó en su nuevo destino los mismos servicios que en el primero, y cuando quedó vacante el ministerio de la Guerra, fué propuesto al punto para ocuparle, como uno de esos seres oscuros, pero preciosos, á los que la justicia y el interés público debían asegurar una rápida carrera. Pache, obsequioso y modesto, agradaba á todo el mundo, y no podía menos de ser aceptado, contando naturalmente los girondinos sobre la moderación política de un hombre tan pacífico, tan sabio, y que por otra parte les debía su fortuna.

Los jacobinos, á quienes trataba con la mayor deferencia, ensalzaban su modestia, oponiéndola á lo que ellos llamaban el orgullo y la dureza de Roland. En cuanto á Dumouriez, quedó prendado de un ministro que parecía más fácil de manejar y más dispuesto á secundar sus miras. El general tenía en efecto nuevos resentimientos contra Roland: éste le había escrito en nombre del consejo una carta en la cual le vituperaba por querer imponer demasiado sus planes al ministerio, y manifestábale tanta más desconfianza cuanto mayor talento se le suponía. Roland era leal, y lo que decía en el secreto de la correspondencia lo habría sostenido en público.

Dumouriez, desconociendo la honrada intención de Roland, había dado sus quejas á Pache, quien las recibió y le consoló con sus lisonjas de las desconfianzas de sus colegas.

Tal era el nuevo ministro de la Guerra: colocado entre los jacobinos, los girondinos y Dumouriez, escuchaba las quejas de unos contra otros, conciliábase la buena voluntad de todos con sus palabras y su deferencia, y haciales esperar un apoyo y un amigo.

Dumouriez atribuyó á la modificación ministerial el